

A cargo de Yanetsy León González

Cruzada profunda

• **Ayer la Cruzada Literaria —que mañana cierra su decimocuarta edición— llegó a la ciudad de Camagüey después de vivir en Nuevitas, Minas, Sierra de Cubitas, Esmeralda, Carlos Manuel de Céspedes y Florida. De esta obra de amor que impulsa la Asociación Hermanos Saiz leemos por lo que vimos y sentimos en un pueblo donde por suerte llega el Adelante.**

Lombillo parece un pueblo fantasma en medio de cañaverales. Por lo general, las mujeres permanecen en la casa, mientras los hombres trabajan en el campo. Cuando ellos vuelven se reúnen en el portal de la tienda, y ellas toman un descanso a la sombra del ateje, donde se tiene buena vista a la tarima. La placita representa la zona connotada de esa comunidad de Esmeralda, el corazón mismo que este jueves fue tomado a media mañana por la Cruzada Literaria.

En dos guaguas Girón llegaron poetas y trovadores. Venían de la capital del cuarto municipio en la ruta de sus conquistas. Este año, el itinerario ha significado una vuelta a la semilla, pues de Nuevitas siguieron a Minas, de allá a Sierra de Cubitas, donde casi salieron “huyendo” apenas actuaron en La Tumba, debido al aguacero. Entonces tocaron la tierra, también “colorá”, de Esmeralda.

“Ustedes son una luz de esperanza a este pueblo”. Ese afecto sonoro lo dio una señora a una de las escritoras de este grupo que duerme en escuelas que no son hoteles, y que come lo modesto y quién sabe si lo mejor en el menú del territorio, me confirma Yoandra Santana, una de las fundadoras del evento. Por eso, los cruzados de verdad no se quejan.

Guitarra en ristre, mientras alistaban el audio, el tunero Carlos Dragoní me contó que en otro lugar donde jamás se ha escuchado, enseguida le corearon su *Canción a un socio*. Y la holguinera Zulema Gutiérrez, otra reincidente de la Cruzada, todavía estaba fascinada con los niños cubiteños que recibieron como fiesta sus adivinanzas.

“A veces piensas que las personas de lugares más humildes son menos instruidas, menos preparadas, y uno hace concesiones si quiere, pero con la poesía no siempre es necesario que haya total comunicación o comprensión”. Eso piensa Youre Merino que anda de estreno en el evento. Este poeta y dibujante de Banes no se fue sin autografiar *Chileno* (LetrAbierta, 2016) a Leticia Enríquez Salas, la operadora de la turbina del pueblo.

Leticia compró otros poemarios: *Friso de la vida*, de Gustavo Pérez; *Cosas dichas sin palabras*, de Eliecer Barreto; y *Días de silencio*, de Eduardo Rodríguez. ¿Cuánto dinero se te fue?, intenté provocarla. “Nada. Me

gusta leer. Ellos me van a firmar los libros aunque no sean los autores”.

Casi al principio, con sus botas de goma y su baño de sudor, hubo un atrevido, algo que no siempre se logra, aunque sea esencia de la Cruzada desempolvar los talentos locales. Jesús Zamora, con diez ediciones en su haber, sabe que por miedo escénico y por otras circunstancias la gente no se desinhibe, pero en Lombillo fue genial “una voz exquisita que hace su vida de agricultor y canta para completar sus noches”.

Con esas señas no se trata de otro que Arnaldo Ramírez Reyes, un operador de tractor en la cooperativa Ignacio Agramonte. Dice que sintió la guitarra y salió corriendo hasta la placita, pidió permiso y cantó. “Voy a coger un aire porque estoy ahoga’o”, controló así a su público natural, y ya abajo, me dijo que ha cantado con la “Maravilla”: “Yo no tengo miedo”.

La Cruzada Literaria destierra los términos que dividen a los seres humanos, porque no se trata de remarcar al aficionado y al profesional. La Cruzada entraña el abrazo, por eso su escenario se brinda a conocidos y desconocidos, a jóvenes con cuadernos con sellos de editorial, y



Lo más reconfortante para Zamora ha estado en el latido de cada comunidad, en el abrazo al convivir con sus realidades.



Nació en Jobabo pero lleva en Lombillo 17 años. Arnaldo es uno de los talentos naturales y anónimos de Cuba.

autoras como Marlen Segura Ferro, que a sus más de 50 de edad anhela publicar un libro.

Marlen se desempeña como analista del programa cultural de Esmeralda, se enorgullece de egresar de un taller literario, de sus cinco poemas dedicados a Chaplin en la *Antología camagüeyana* (Ácana, 2003). Estaba feliz de recitar entre famosos, como calificó a Mariela Pérez Castro y a Jesús Zamora, y no dudó en enfatizar el horizonte de su zona: “Esmeralda tiene un buen potencial literario, especialmente en Jiquí, y en Brasil, donde vive Mercedes Pérez, nuestra principal decimista, con poesía publicada en Islas Canarias”.

Hay más tela por donde cortar en Lombillo, desde las vivencias de la poeta Anisley Mirás, de Trinidad; las del avileño Julio César Brown con su canción *Lo bueno de lo malo*, las de los trovadores Iraida Williams y Harold Díaz y la escritora Evelin Queipo que alargaron su jornada de la Canción Política de Guantánamo casi directo a Camagüey. Evelin se acompaña de su hija Amaranta, la más bajita de los cruzados.

Pero prefiero cerrar con la satisfacción de Deisy Darcourt, la promotora del pueblo, que a la espera de la tropa me hablaba que allí lo que mueve es el termo y la músicaailable. Claro, no estuvieron los más de 600 habitantes, porque en Lombillo en jornada laboral la gente no anda de brazos cruzados, para no quedar en los libros de Historia solo por la tarja en las ruinas del primer cuartel de la dictadura batistiana que, en la provincia de Camagüey, tomaron los rebeldes

Vitraleros

Por Yang Fernández Madrugá
Foto: Cortesía de los entrevistados

Con los hermanos Sánchez Prieto es imposible una conversación breve. La mía —una hora con treinta minutos— no fue la excepción, y es que David y Dasmíán hipnotizan al reloj con historias protagonizadas por la esencia de sus obras: el vidrio, la estética y la iluminación. Ambos transforman, desde su taller Daluz, la claridad en significados, en colores vítreos y en ambientes acogedores como si se tratara de alquimistas de la luz, mas su quehacer los ha definido simplemente como vitraleros.

El acercamiento a ese oficio ocurrió hace más de 15 años cuando, junto a varios amigos, iniciaron una aventura confeccionando lámparas. La primera no quedó como esperaban. “Tomamos el molde de un caldero y encima le pegamos varios trozos de cristal con gasolina y poliespuma. Fue un desastre total”, contaba Dasmíán, de profesión ingeniero civil.

Sin embargo, David, graduado de arquitectura, me explicó cómo la constancia resultó siempre una buena consejera que impulsó sus metas: “No sabíamos cortar el vidrio, desconocíamos las técnicas, las herramientas y los materiales más apropiados para su realización. El ser principiantes era una desventaja, pero nunca nos rendimos: viajábamos contra viento y marea a La Habana con el fin de documentarnos y

nos convertimos en aprendices totales del método de la prueba y el error”.

Una oportunidad para beber de la experiencia fue el surgimiento del colectivo artístico Huellas de Vidrio, que radicó un tiempo en la Logia de la Perseverancia. En el proyecto, destinado al rescate del vitral en Camagüey, los hermanos intervinieron en distintas labores comunitarias como la aproximación de esa manualidad a niños de la escuela Emilio Luaces y la restauración gratis de lámparas a la población. Luego, llegó el momento de enrumbarse por completo al mundo de la vitralería.

Debutaron en el restaurante del Hotel Santa María, solicitados por la inmobiliaria de Turismo, con la instalación de dos obras de tres metros de ancho por 1,74 de alto. En la primera, representaron imágenes de iglesias de la ciudad y, en la segunda, el Centro de Eventos Santa Cecilia y la Casa Natal de Ignacio Agramonte. “Cierta día nos contó un trabajador del sitio que unos visitantes después de subir las escaleras, cansados y sin ánimo, aplaudieron emocionados tras apreciarlos”, dijo Dasmíán, quien jamás olvida esa alegría.

Al encargo del hotel le sucedieron nuevos éxitos como el de la colocación de los vitrales de diseño minimalista en el telecentro provincial, el del Ballet Folklórico de Camagüey y la ambientación del Hotel Encanto La Sevillana. En ese inmueble inmortalizaron tres escenas típicas de la región española: en el recibidor recrearon

a dos bailarines de flamenco, y en los interiores a una mujer de esa tierra recostada en un balcón y a un torero en plena faena.

Entre tanto, los hermanos crecían “sobre la marcha”, algunas de sus viejas prácticas eran sustituidas, a veces, por descuidos ocasionales. Aún sorprendido, David narró cómo un día el aserrín para limpiar sus creaciones se mojó por casualidad, pero “lo agradecemos con el alma porque cuando lo utilizamos, más tarde, el resultado fue positivo”.

De la música clásica y del quehacer de los Sánchez Prieto conversamos largo rato. El tema principal de esta mezcla “absurda” fue la encomienda de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey (OHCC) para materializar los tres vitrales de la sala de conciertos José Marín Varona, inaugurada el 22 de julio.

Los hermanos, como sincronizados en una sola idea, refirieron: “nos guiamos por el diseño neogótico de la arquitecta Yaxelys González Carmenates, el cual significó un reto porque no habíamos trabajado con anterioridad tonos fríos como los verdes y los azules y, además, teníamos poca experiencia en la confección de formas geométricas. Cuando los vimos la noche de apertura de la sala, observamos también el regalo espiritual a nuestro esfuerzo”.

Como en un ejercicio de abstracción, los vitraleros me trasladaron hasta su taller Daluz, situado en Javier de la Vega en-



tre la Avenida de la Libertad y calle Cuba. Ante mí desfilaron el cautín, el cortavidrios, el alicate y la destreza para darle forma a vigas de plomo, casi con las mismas técnicas empleadas en el Medioevo. Ellos me confesaron cuánta concentración requieren para que “todo salga”; la paz que genera el nacimiento de una obra, pero como verdaderos alquimistas, conservaron el secreto de cómo llevar la luz, primero al vitral y luego al alma.